

Construcción de identidad de jóvenes salvadoreños en contextos de violencia y

exclusión social

Mónica Alexandra Linares Láinez
Universidad Nacional Autónoma de México

Abstracto

El Salvador ha enfrentado altos índices de violencia desde el fin de la guerra civil en 1992. Además, el país mantiene arraigados procesos de exclusión social, que afectan principalmente a los sectores populares. Para los jóvenes estos problemas adquieren una relevancia especial debido a que constituyen un grupo poblacional mayoritario en el país y, al mismo tiempo, un sector con particular exposición a la violencia y que también experimentan diversos procesos de exclusión social. A partir de ello, se vuelve importante estudiar cómo estos jóvenes se desenvuelven en estos contextos de inseguridad y constreñimientos, y cómo influyen en su vida cotidiana, particularmente en procesos personales y sociales fundamentales, como la construcción de su identidad.

Palabras clave: jóvenes, violencia, exclusión social, identidades, pandillas.

Abstract

El Salvador has experienced high levels of violence since the end of civil war in 1992. The country maintains rooted processes of social exclusion, which mainly affect the popular sectors. For young people, these problems are particularly relevant because they constitute a major population group in the country and, at the same time, a sector particularly exposed to violence and undergoing processes of social exclusion. In these conditions, it becomes important to study how these young people develop in these contexts of insecurity and constraints, and how they influence their daily lives, particularly in fundamental personal and social processes, such as the construction of their identity.

Keywords: youth, violence, social exclusion, identities, gangs.

Introducción

El Salvador, como otros países de Latinoamérica, tiene una población mayoritariamente joven. Actualmente es el país con el mayor índice de violencia a nivel mundial, además de mantener arraigados procesos de exclusión social que limitan y constriñen diferentes áreas de la vida de los habitantes, sobre todo de las personas de sectores populares. A partir de esto, se vuelve importante estudiar cómo los jóvenes, quienes son especialmente afectados por la violencia y por procesos de exclusión social, se desenvuelven en estos contextos y cómo influyen en su vida cotidiana, particularmente en procesos personales y sociales fundamentales, como la construcción de su identidad.

Situación general de la juventud en El Salvador

El Salvador es un país con una población mayoritariamente joven. Según datos oficiales, en 2014 se estimó que la población total de El Salvador es de 6,401,415, de las cuales el 55,5% es menor de 30 años (DIGESTYCY, 2015).

La pobreza en el país, en 2013, fue del 40,9%, mientras que la indigencia fue del 12,5%. Estos porcentajes, a pesar de presentar una reducción respecto a 2004 (47,5% de pobreza y 19% de indigencia) siguen siendo elevados, indicando la difícil situación económica de gran parte de la población, incluidos los jóvenes (CEPAL, 2014: 17).

Según la CEPAL, para el 2012, la condición de actividad de jóvenes de 15 a 29 años en 18 países de América Latina se distribuyó de la siguiente forma: solo empleado, 40,9%; solo estudia, 26,5%; no estudia ni está empleado, 22,0%; y estudia y está empleado, 10,5% (Trucco y Ullmann, 2015: 27).

En el caso de El Salvador, para ese mismo año, la distribución fue así: solo empleado, 40,4%; solo estudia, 27,0%; no estudia ni está empleado 24,8%; y estudia y está empleado, 7,8%

(Trucco y Ullmann, 2015: 28). Cabe destacar que en el país hay más jóvenes que no estudian ni trabajan, respecto al promedio latinoamericano.

Estos datos son de especial relevancia para la población juvenil, pues es en esta etapa cuando se establece con mayor fuerza el nexo entre la educación y el trabajo, que constituyen ejes claves de inclusión social.

Educación

El desarrollo de capacidades a través del sistema formal de educación constituye uno de los principales ejes de inclusión social para los jóvenes. Una mayor escolaridad no solo permite mejores oportunidades de inserción laboral, sino que también habilita a las juventudes para participar más plenamente en la sociedad. La educación es, además, una de las principales herramientas para romper el círculo de reproducción intergeneracional de la pobreza y la exclusión social (CEPAL, 2014: 28).

La situación educativa y de empleo en el país presenta un panorama de desafíos, especialmente para el sector juvenil. La escolaridad promedio a nivel nacional para el 2014 fue de 6,7 grados, presentando diferencias a nivel geográfico: para el Área Metropolitana de San Salvador (AMSS) fue de 8,6 grados; en el área urbana de 7,8 y en el área rural de 4,9. Por otro lado, pese a que la tasa neta de asistencia escolar ha experimentado un incremento significativo en todos los niveles educativos en los últimos 15 años, este indicador sigue siendo bajo para la población juvenil. Se reporta que para el tercer ciclo (4º, 5º y 6º grado), la tasa neta de asistencia escolar en el 2014 fue de 64,3%, mientras que, para el nivel de bachillerato, esta se reduce significativamente a 37,9%. Cabe destacar la notable disparidad por quintiles de ingreso ya que, para tercer ciclo, hay una brecha de 24 puntos porcentuales entre el quintil más bajo y el quintil más alto, mientras que, para bachillerato, esta brecha es de 27 puntos (DIGESTYC, 2015).

Muchos de los jóvenes no asisten a la escuela por razones económicas o problemas que se relacionan con la oferta o falta de establecimientos. Asimismo, los contextos de pobreza en el hogar llevan a estudiantes jóvenes a dejar la escuela para acceder a algún empleo remunerado, muchas veces de mala calidad, caracterizado como de bajo ingreso, informal y sin protección laboral. Las jóvenes, por su parte, pueden verse obligadas a hacerse cargo de labores domésticas o de cuidado, o a asumir la maternidad, por lo cual se retiran del sistema educativo (Trucco y Ullmann, 2015: 38).

Trabajo

A pesar de que en las últimas décadas ha mejorado la inserción laboral juvenil en América Latina, esta tiende a caracterizarse por empleos de peor calidad, salarios inferiores y un bajo nivel de afiliación a los sistemas de protección social (CEPAL, 2014: 28).

Para 2014, en El Salvador la Población en Edad de Trabajar (PET) (definida a partir de los 16 años) representó el 71% de la población (DIGESTYC,2015). En cuanto a la participación en empleo, para el 2012 se estimó una aproximación por rango de edad de la siguiente manera: 15 a 19 años, 36%; 20 a 24 años, 62%; y de 25 a 29 años, 76%; comparado con el promedio para América Latina que fue de 39%, 69% y 80% respectivamente (Trucco y Ullmann, 2015: 40).

Por otro lado, se calcula que la tasa de inactividad a nivel nacional en 2014 fue de un 37.2%, mientras que, para los jóvenes de 16 a 25 años, esta se situó en 50.9%. En cuanto a la tasa de desempleo a nivel nacional, en ese año fue de 7.0%, aumentando para el sector juvenil (de 16 a 25 años) a 15% (DIGESTYC, 2015).

A partir de lo anterior, ha de reconocerse que, junto con las persistentes brechas estructurales, existen grandes desigualdades en la formación de capacidades, no solo en cuanto a acceso y conclusión educativa, sino también en el desarrollo de competencias de calidad suficiente

para un aprendizaje de vida y buen desenvolvimiento en la sociedad. Por otra parte, la juventud se ve tensionada por una paradoja que sigue vigente: los grandes avances registrados en el ámbito educativo en las últimas décadas no se han traducido en una mejor incorporación en el mercado de trabajo (Trucco y Ullmann, 2015: 24).

Las condiciones estructurales de desigualdad socioeconómica y espacial, las características de la oferta educativa formal y no formal, la estructura productiva y el entorno inmediato en el que se desarrollan influyen en las trayectorias y biografías de los jóvenes de la región, tanto en términos de las diversas oportunidades de inserción social a las que pueden acceder, como en sus sentidos de pertenencia y modos de concebir la vida en las sociedades latinoamericanas. Las condiciones que rodean a los jóvenes de distintos estratos socioeconómicos y realidades generan trayectorias cada vez más oscilantes entre los sistemas educativos, el desempleo, el trabajo, las labores familiares, la inactividad y otras situaciones. Por tanto, dibujan estructuras de transición irregulares, donde se pasa de una condición a otra (Trucco y Ullman, 2015: 26).

Juventud como categoría socio-etaria

En El Salvador, según la Ley General de Juventud, se considera joven a la persona entre los 15 y los 29 años de edad. La juventud, más que un periodo etario, constituye una categoría socio-etaria. Ésta es conceptualizada desde diferentes enfoques como una etapa de la vida en la que se da la transición entre la niñez y adultez, y un como un grupo etario con funciones sociales, patrones culturales específicos (Hopenhayn, 2006) y con cierto conjunto de actitudes ante la vida (FLACSO, 2011a). Debido a la “heterogeneidad y diversidad en que se experimenta la juventud o, dicho con otras palabras, las transiciones a la adultez” (Saraví, 2006: 92), se considera que existen varias juventudes (Moro, 2006).

Los grupos juveniles están cruzados por una condición social juvenil específica que, “aun conservando ciertos patrones comunes y transversales, define de maneras disímiles las opciones de vida de los distintos sectores sociales que componen este agrupamiento poblacional” (Moro, 2006: 19). De este modo, las juventudes están relacionadas a distintos factores que condicionan fuertemente sus trayectorias de vida en ese período caracterizado por la transición y por su vinculación a procesos de inclusión social. Variables de la estructura social como el sector social o el lugar de residencia (zonas rurales o urbanas) determinan la condición juvenil en América Latina de distintas y desiguales maneras (Moro, 2006).

En la sociedad contemporánea, una infraestructura institucional específica contribuye a reconocer la juventud principalmente el sistema educativo, el mercado de trabajo y la familia. Sin embargo, en países de América Latina hay una gran cantidad de jóvenes que no participan en ninguna de estas actividades y, por tanto, permanecen al margen de algunas de las instituciones más importantes de socialización e integración social durante esta etapa del curso de vida. Esta condición de exclusión institucional invisibiliza a este sector de jóvenes en la medida que la sociedad no logra asignarles un reconocimiento o status social particular como estudiantes, trabajadores, entre otros. Estas situaciones que pueden conducir a procesos de exclusión social favorecen la generación de diversos prejuicios sociales hacia estos jóvenes: desde la resistencia a asumir responsabilidades adultas, hasta la estigmatización con comportamientos violentos, actividades delictivas, consumo de drogas, y otras prácticas socialmente sancionadas (Saraví, 2006).

Violencia y exclusión social

El Salvador ha venido experimentando altos índices de violencia en los últimos años. Actualmente, el país tiene la tasa de homicidio más alta del mundo en países sin conflictos armados: según el Instituto de Medicina Legal (IML) de El Salvador, en 2014 se reportó una

tasa de 61,6 homicidios por 100,000 habitantes, que casi duplicó la de 2013 que fue de 39,6 homicidios. Para 2015, esta cifra aumentó radicalmente, cerrando el año con 103 homicidios por 100,000 habitantes, según datos preliminares.

Las principales víctimas de los homicidios en El Salvador son los jóvenes entre los 15 y 29 años. En promedio para el período comprendido entre enero de 2012 y junio de 2015, el 52,1% de los homicidios correspondieron a este sector poblacional (FUNDAUNGO, 2015: 3). Por otro lado, un estudio realizado por UNICEF señala que el país alcanza la mayor tasa de homicidios de niñas, niños y adolescentes entre 0 y 19 años, con 27 homicidios por 100,000 habitantes. Adicionalmente, una de cada tres mujeres adolescentes entre 15 y 19 años han sido víctimas de violencia física, sexual o emocional de parte de su pareja, y el 43% de los estudiantes que cursan sexto grado de educación primaria han sufrido algún incidente de "bullying" como robo, insulto, amenaza o agresión física (2014).

La situación de violencia e inseguridad predominante en el país está asociada con múltiples factores históricos, políticos y sociales que inciden en hacer de la violencia un medio para resolver conflictos, ejercitar el poder y beneficiarse económicamente. (FLACSO, 2011b: 185). Un factor importante que está estrechamente relacionado a la violencia son los procesos de exclusión social (Escotto, 2015: 25).

Según Savenije y Beltrán, existen tres mecanismos que evidencian la relación entre exclusión social y violencia: (1) la frustración que genera vivir cotidianamente en condiciones de exclusión social provoca violencia, (2) la normalización del uso de la violencia y (3) la formación de organizaciones sociales perversas que usan la violencia como un medio privilegiado para imponerse y proteger sus intereses. Los contextos de exclusión social son propicios para generar violencia mediante dichos mecanismos, pero a la vez perpetúan y aumentan la misma exclusión. (2007: 7).

En América Latina y, en este caso, en El Salvador una gran parte de la juventud está extremadamente excluida y marginada de los procesos económicos, políticos y sociales que se están llevando a cabo. Estos jóvenes están fuera tanto del sistema educativo y del ámbito laboral (no trabajan, o por lo menos no de manera regular) (Escotto, 2015: 9). En el país, como se mencionó anteriormente, esta población juvenil ascendía al 24.9% en 2014.

Por tanto, existe un contexto caracterizado por problemas estructurales profundos, como la exclusión y la desigualdad, aunado a la incapacidad del Estado para ofrecer el acceso igualitario a los servicios básicos como salud, educación, empleo, seguridad y justicia. Ante estos procesos de privaciones y exclusión social, los jóvenes se sienten frustrados, pues aspiran a tener mejores condiciones de vida, buscan una mayor educación, mejores trabajos e ingresos y, por el contrario, se encuentran con la pobreza, desempleo, subempleo, inseguridad y violencia. Por tanto, estos contextos pueden ser detonantes para que jóvenes manifiesten su frustración en diferentes formas de violencia, integrándose a pandillas o maras, y una vez en esas estructuras, con la posibilidad de convertirse en víctimas y victimarios de la violencia. (FLACSO, 2011b: 186-187).

En este sentido, la pandilla emerge como un efecto directo de los procesos de exclusión y marginación de la sociedad, que funcionan como refugios o lugares alternos de socialización y protección para muchos jóvenes que están siendo excluidos de los espacios tradicionales como son la familia, la escuela o la comunidad. Esta forma de organización provee a los jóvenes de poder, de ingresos monetarios, de un espacio y de un sentido de pertenencia que ninguna otra institución social les ofrece. Además, muchos jóvenes se unen a las maras y pandillas con la esperanza de encontrar en ellas quien los aprecie, les brinde seguridad en sí mismos y les proporcione sentido a sus vidas (Escotto, 2015: 10).

Por otro lado, las maras y pandillas se han convertido en amenaza para muchos otros jóvenes que no aspiran a la violencia como forma de vida, sino que preferirían desarrollarse en su usando canales legales. A partir de esta situación, muchos de estos jóvenes están siendo forzados a migrar hacia otros países en busca de mejores condiciones no solo económicas, sino en donde sus vidas no corran peligro como sucede en sus países de origen (Escotto, 2015: 10).

Construcción de identidad en contextos de violencia y exclusión social

Es en esos contextos donde viven y crecen muchos jóvenes. La juventud es considerada como un grupo poblacional altamente heterogéneo, que enfrenta condiciones y realidades distintas, pero que comparte ciertos procesos, tales como la afirmación de la identidad y la consecución de la autonomía, entre otros. (PNUD, 2015: 19).

La identidad se considera resultado de procesos de socialización primaria y secundaria, en los que ejercen gran influencia instituciones como estructuras familiares, la escuela, los grupos de pares y los medios de comunicación social, entre otras. Las interacciones en estos ámbitos contribuyen a las interpretaciones que las personas hacen sobre sí mismas. Por tanto, la identidad implica un sentido de relación entre la persona y el mundo, que además de brindar pautas generales de comportamiento, confiere cierto orden, significado y estabilidad a la vida. (PNUD, 2015: 19).

Además, la afirmación de la identidad se concibe como un proceso dinámico, complejo y activo, del cual no necesariamente surge una identidad única, sino una multiplicidad de identidades que pueden variar en el tiempo (PNUD, 2015: 20).

Por otro lado, la persona construye su auto imagen en base a lo que le hace ser único, la identidad personal; y a lo que comparte con otros, la identidad social. El individuo deriva su identidad social a partir de su pertenencia a uno o más grupos sociales. Esa pertenencia va

acompañada de un significado cognitivo y afectivo, y además de una participación en los valores más importantes que poseen las agrupaciones sociales (Savenije y Beltrán, 2007: 10). Las transformaciones que ocurren durante la juventud consisten sobre todo en búsquedas de una nueva manera de ser. Ese proceso de exploración de alternativas va acompañado de diferentes formas de experimentación en sus maneras de expresarse, comportarse o vestirse; de distintos gustos, amistades y compañías, entre otros. Los espacios de experimentación suelen ubicarse fuera del hogar y en compañía de sus pares. Con ellos ensayan diferentes conductas, normas, valores, estilos de vestirse, música, ideologías, etc.; no solamente distintos a los de los adultos, sino también, muchas veces no entendidos ni valorados por ellos (Savenije y Beltrán, 2007: 9).

En este sentido, los pares se vuelven cada vez más importantes para el joven no solamente para acompañarle en sus ensayos, sino también como fuentes importantes de aprobación y rechazo. El grupo de pares proporciona al joven un ámbito afectivo de pertenencia, reconocimiento y apoyo social. Para el joven, ser miembro de un grupo de pares llega a constituir parte de su auto imagen e identidad propia, lo que influye en sus conductas, modos de pensar, maneras de vestir, gustos y aficiones, etc. (Savenije y Beltrán, 2007: 10).

Crecer en situaciones precarias, de pobreza, falta de oportunidades y estigmatización social, y además estudiar en centros educativos de poca calidad genera dificultades grandes para construir una identidad o autoimagen satisfactoria para los jóvenes que viven en estas condiciones (Savenije y Beltrán, 2007: 9). En contextos como estos, la violencia constituye un instrumento propicio para algunos grupos de jóvenes para construir su identidad y ganar respeto y renombre (Savenije y Beltrán, 2007: 5).

Se han identificado dos formas en las que jóvenes salvadoreños han utilizado la violencia en la construcción de su identidad: pandillas y barras estudiantiles.

El eje de comparación en la calle para ambos grupos es el de la bravura, valentía y temeridad. Violencia y solidaridad grupal se vuelven los medios valorados para mostrarlo y ganar la comparación con los pares, al mismo tiempo obtener y defender el respeto anhelado. (Savenije y Beltrán, 2007: 12).

Barras estudiantiles

La raíz de las confrontaciones entre las barras estudiantiles se encuentra en las rivalidades deportivas que en los años cuarenta y cincuenta ya llegaban a expresarse en encuentros violentos alrededor de los Campeonatos Colegiales de Básquetbol en El Salvador. Más adelante, esta rivalidad entre los estudiantes de los diferentes centros educativos de educación media se desvinculó en gran medida de los eventos deportivos hacia una rivalidad permanente y más violenta (Savenije y Beltrán, 2007: 18).

Hace unos años, el fenómeno se transformó en peleas o riñas entre grupos de estudiantes de educación media, con una frecuencia variable, diariamente o semanalmente. Estos ocurrían especialmente en el centro de San Salvador, pero también en las ciudades vecinas. Las paradas de buses, las calles donde hacen sus recorridos y las cercanas a los centros educativos eran el escenario compartido de las confrontaciones violentas entre estudiantes. Mediante estos altercados, los alumnos no solamente ganaban respeto y prestigio por ser irrefrenables en una confrontación violenta con los otros, sino también, y tal vez más importante aún, por defender y proteger a sus compañeros (Savenije y Beltrán, 2007: 19).

Pandillas

El fenómeno de las pandillas en El Salvador alcanzó su auge en la década de los ochenta, cuando jóvenes pertenecientes a pandillas fueron deportados de Estados Unidos al país, instaurando una nueva organización y dinámica entre las pandillas salvadoreñas. Se dividieron en dos principales pandillas: la Mara Salvatrucha y la Mara Barrio 18. Su identidad

social compartida se expresa mediante símbolos y/o gestos (tatuajes, graffiti, señales manuales, etc.), además reclaman control sobre territorios específicos y mercados económicos. Proteger a sus comunidades contra los maleantes y las pandillas juveniles rivales es la justificación principal dada por los miembros para la existencia de su pandilla. El estatus de los miembros dentro de una pandilla o "clika" depende principalmente de la valentía, la disposición de usar la violencia y la manera en que la han usado anteriormente. Además de asaltar, herir o matar a un rival, el reto principal de esos actos es dañar la reputación, estatus y honor de la "clika", e incluso de toda la pandilla contraria. Vista de esa manera, la violencia se vuelve un instrumento de comunicación; es decir, sirve para enviar un mensaje a una audiencia más amplia que la víctima (Savenije y Beltrán, 2007: 13-17).

Según Savenije y Beltrán, en un contexto donde coexiste frustración, normalización de violencia y organizaciones sociales perversas, no es de extrañar que el uso de la violencia se haya vuelto útil para esos grupos. La violencia puede afirmar al joven por medio de dos caminos: reforzar su identidad social por pertenecer a una agrupación que sobresale en su uso y que se impone a los demás; y reforzar su identidad personal por demostrar su valentía, ganando así respeto por la disposición de usar violencia irrefrenablemente. Sin olvidar que algunos la usan también para satisfacer algunas necesidades económicas inmediatas (2007: 22)

El fenómeno de las pandillas, cuyos miembros más visibles suelen ser jóvenes, han contribuido a generar un estigma en los jóvenes, sobre todo los de sectores populares. Un ámbito muy sensible para la juventud donde se manifiesta este estigma es en el mercado laboral, en el que las empresas no contratan a jóvenes que viven en sectores caracterizados por presencia de pandillas (PNUD, 2015: 77).

El efecto que los estigmas tienen en los procesos de construcción de identidad de los jóvenes son principalmente dos: un impacto negativo en su autoestima de los jóvenes, debido a la constante exclusión y asignación de características negativas a su identidad. En segundo lugar, la manifestación de mecanismos de defensa, y la aceptación del estigma y el comportamiento acorde a él (PNUD, 2015: 82).

La violencia de las pandillas juveniles y las barras estudiantiles constituyen respuestas e intentos de contrarrestar el malestar de vivir en situaciones de exclusión, creando una imagen “positiva”, personal y social, de quiénes son, es decir, de construir una identidad propia satisfactoria (Savenije y Beltrán, 2007: 22).

Conclusión

Vivir en un país con la tasa de homicidios más alta del mundo tiene implicaciones inevitables. La violencia indudablemente permea cada capa de la sociedad, y afecta a los grupos poblacionales de diversas maneras. Ha sido demostrado en diferentes estudios cómo los jóvenes son los más afectados por este fenómeno, especialmente los de sectores populares. A su vez, estos jóvenes también experimentan procesos de exclusión social, que les imponen límites y constreñimientos en diferentes áreas de su vida. Como se mencionó anteriormente, vivir en contextos de violencia y exclusión favorece a que los jóvenes busquen diferentes grupos de pares para sentirse incluidos y reconocidos. Algunos de los grupos que se originan en estos contextos son las pandillas juveniles y las barras estudiantiles, en los cuales la violencia es un elemento fundamental para la construcción y reafirmación de la identidad personal y social. En este sentido, los jóvenes miembros de estos grupos utilizan la violencia como un mecanismo que les otorga valor, prestigio y reconocimiento, contribuyendo de esta manera a la construcción de una auto-imagen satisfactoria, para contrarrestar las condiciones de exclusión y violencia en las que viven. Una de las medidas fundamentales para

desincentivar estas dinámicas entre los jóvenes es impulsar procesos estructurales en los diferentes ejes de inclusión social juvenil, principalmente en las áreas de la educación y el trabajo.

Bibliografía

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2014, Panorama social de América Latina 2014. Santiago de Chile.

Dirección General de Estadística y Censos (DIGESTYC), 2014, Encuesta de Hogares y Propósitos Múltiples 2014. San Salvador.

Escotto Quesada, Teresita, 2015, Las juventudes centroamericanas en contextos de inseguridad y violencia. Realidades y retos para su inclusión social. Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) El Salvador, 2011a, Identidades, prácticas y expectativas juveniles al inicio del siglo XXI. San Salvador, Heinrich Böll y AWO International.

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) El Salvador, 2011b, Una mirada a la juventud. Contextos, condiciones y desafíos en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. San Salvador, Talleres de Impresos Quijano, S.A. de C.V.

Hopenhayn, Martín, 2006, “La juventud latinoamericana en sus tensiones y sus violencias”. En Moro, Javier (Ed.). Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas (29-53). Guatemala, Magna Terra Editores, S.A.

Moro, Javier, 2006, “Exclusiones y violencias, las juventudes en la mira. Una introducción” En Moro, Javier (Ed.) Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas (17-25). Guatemala, Magna Terra Editores, S.A.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), 2015, Entre esperanzas y miedo. La juventud y la violencia en El Salvador. San Salvador, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Saraví, Gonzalo A., 2006, “Los eslabones de la violencia juvenil: acumulación de desventajas en la transición a la adultez” En Moro, Javier (Ed.) Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas (89-129). Guatemala, Magna Terra Editores, S.A.

Savenije, Wim, Beltrán y Beltrán, María Antonieta, 2007, “Construcción de identidad en contextos de exclusión”, En Exclusión, social, jóvenes y pandillas en Centroamérica. Temas Actualidad N° 3. Fundación Dr. Guillermo Manuel Ungo (FUNDAUNGO). Salvador, Impresos Quijano.

Trucco, Daniela y Ullman, Heidi (eds.), 2015, Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. Libros de la CEPAL, N° 137 (LC/G.2647-P), Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

UNICEF, 2014, Ocultos a plena luz del día. Un análisis estadístico de la violencia contra los niños.